

PANEGIRICO

DE SANTA MARGARITA MARIA ALA COQUE

CON MOTIVO DE SU CANONIZACIÓN, PREDICADO EL 17 DE
OCTUBRE DE 1920,

EN LA IGLESIA DE SANTA INÉS, DEL MONASTERIO
DE LA VISITACIÓN, POR
MONSEÑOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Pone me ut signaculum super cor tuum.

Ponme como un sello sobre tu corazón.

CANT. VIII, 6.

Ilustrísimo Señor:

Reverendas Madre y Hermanas:

Para [tejer debidamente con palabras la corona de Santa Margarita María, fuera preciso emplear el idioma de los ángeles o, en caso de apelar al lenguaje humano, que algún serafín purificase con una ascua los labios del predicador; después de esclarecerle la inteligencia y encenderle la voluntad en vivas llamas. Porque ¿de qué suerte describirá los profundos secretos del amor divino quien nunca tuvo la caridad que todo lo devora, que ni languidece, ni se apaga? ¿Cómo pintar los hechiceros vergeles del paraíso el hombre que apenas lo ha entrevisto con ojos nublados por la culpa? Le es imposible volar a quien no tiene alas. Y sin embargo, el carácter sacerdotal de que estoy investido me otorga el derecho y me impone el deber de discurrir sobre estas maravillas. Felizmente no lo haré con los míseros pensamientos de mi mente, ni con los afectos rastros de mi corazón, sino con palabras de la Escritura sagrada y los conceptos de los santos y los maestros de vida espiritual. Seré a modo de fonógrafo, que reproduce sin entenderlas, las acordes notas de la música, las frases sublimes de la elocuencia.

Otro escollo se presenta para este panegírico y es la calidad del auditorio aquí presente. Detrás de aquellas rejas se halla un grupo de almas desposeídas de todo lo terreno, desposadas con Cristo, clavadas voluntariamente en la cruz, sin otro anhelo que el de ir de virtud en virtud, hasta ver en la celeste Sión en rostro del amado (1); y en la nave, una muchedumbre de piadosos cristianos, obligados tan solo a obedecer los mandamientos divinos (2) y dueños de usar con discreta templanza de todos los bienes de la tierra. Si doy la mano a las religiosas para que asciendan una grada en la escala de la perfección, tengo que descuidar a las personas que viven en el mundo; y si les recuerdo a éstas sus deberes, defraudo las esperanzas de aquellos otros corazones escogidos.

En semejantes circunstancias vale más convidar a los adultos con la leche de la primera enseñanza que brindar a los párvulos el pan con corteza, propio de varones consumados (3). Mas, en esta vez, me determino a infringir aquella regla sapientísima. Porque el día de hoy, Reverendas Madre y Hermanas, es único en el andar de vuestra vida, no se repetirá en los siglos por venir y marcará época en los anales de la Visitación. La dulce santa, cuya imagen se honra por primera vez en los altares de la cristiandad entera, es vuestra hermanita mayor, vistió vuestro hábito, observó vuestra regla, empleó el tiempo de idéntica manera que vosotras, supo de vuestros combates y dolores, y ahora está puesta como un sello sobre el corazón de Jesucristo (4), aguardándoos para introducirlos a aquel

(1) Ps. LXXXIII, 8.

(2) Matth. XIX, 17.

(3) I. Cor. III, 2.

(4) Cant. VIII, 6.

suavísimo retrete, que es la bodega de los vinos de Engadi, con que se embriaga en espíritu la esposa antes de reclinarse castamente en el pecho del Esposo celestial (1).

Dejemos, hermanos míos, a las salesas subir al sagrado monte en busca del Cordero de Dios que se apacienta entre las azucenas (2); y vosotros y yo nos quedaremos en la llanura (3), con las manos y los ojos levantados hacia la nube refulgente en que se envuelve la cumbre del misterio. No por eso saldremos ayunos de todo alimento espiritual, porque el primer paso para conocer la grandeza de Dios es penetrarse de la imposibilidad de comprenderlas (4).

Traeré a vuestra memoria, humildes hijas de San Francisco de Sales, la vida interior de vuestra egregia hermana, en las dos jornadas, la del mundo y la del claustro, que la prepararon a revelaciones verdaderamente inefables. El sacratísimo Corazón de Jesús, que es a un tiempo mismo delicia de los justos y refugio de los pecadores, dignese, mediante su Inmaculada Madre, estar en mi mente y en mis labios, *Ave María*.

I

Dios, que es caridad (5) y ha creado y redimido el mundo únicamente por amor, quiere que todos los hombres se salven (6) o, en otros términos, nos llama a todos a la santidad que consiste en cumplir la voluntad de Dios acá en la tierra, y después en la posesión totalmente simultánea y perfecta de una vida in-

(1) Cant. II, 4.

(2) Cant. VI, 2.

(3) Exod. XIX, 12.

(4) Granada, *Guía de pecadores*, cap. I.

(5) I. Joan. IV, 16.

(6) I. Tim. II, 4.

terminable (1). Mas no se hallan todos los hijos de Adán destinados a un mismo género ni a idéntica medida de perfección; y aquella gradación portentosa que se observa en los seres corpóreos y va desde el rey del universo hasta el átomo de polvo que se adhiere a la sandalia del caminante, existe también entre los espíritus puros y en el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria. Los ángeles son de tal modo semejantes entre sí, que cada uno constituye especie aparte (2); enumera San Pablo los dones diversos que reparte el Espíritu de Dios a los creyentes (3); y que en la casa del Padre hay muchas moradas es doctrina del Maestro celestial (4). ¿Habremos, en vista de esta desigualdad, pregunta el Apóstol, de acusar por injusto a Nuestro Señor? En manera alguna (5). El ángel inferior entre todos no envidia, ni siquiera desea el imperio de las Potestades, ni los prodigios de las Virtudes, ni la ciencia y el amor de Querubines y Serafines. ¿Acaso el barro, sigue el autor sagrado, pregunta al alfarero por qué lo convierte en parte en vaso de honor, en parte en vaso de ignominia? (6) El Señor usa de misericordia con quien le place; y ella no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que se apiada de nosotros (7).

Yo os insinué que el Evangelio contiene preceptos, obligatorios para todos los hombres, que somos *los muchos llamados* (8) y encierra consejos para un corto

(1) Santo Tomás. *Sum. Theol.* Part. I, *quaest.* X, art. 1.

(2) Santo Tomás. *Sum. Theol.* part. I, *quaest.* I, art. 4.

(3) I. Cor. XII.

(4) Joan. XIV, 2.

(5) Roman. IX, 14.

(6) Rom. IX, 21.

(7) Rom. IX, 15, 16.

(8) Matt. XXII, 14.

número de fieles que son los *pocos escogidos* (1). Respondió el Salvador al mancebo que lo interrogaba: *Si quieres entrar a la vida eterna, guarda los mandamientos; pero si quieres ser perfecto, vénde cuanto tienes, dalo a los pobres, y vén y sígueme* (2). Para emprender la segunda de estas vías, requiérese una vocación divina acompañada de gracias especiales. Mas quien la recibe no ha de engreírse ni estimarse superior a sus hermanos; porque ella no se otorga en vista de méritos pasados ni en previsión de futura perseverancia. Mateo el publicano, y Judas, que había de ser traidor, ambos fueron electos para el apostolado por Jesucristo mismo (3). No se dio a Marta, la virgen inocente, sino a Magdalena, la pecadora arrepentida, el privilegio de ser el primer testigo y el apóstol primero de la resurrección del Señor (4).

Aun con los escogidos se sirve Dios de trazas muy variadas. A unos, como a vuestro insigne Fundador, los regala con las virtudes de la vida activa, juntamente con los carismas de la contemplación y los conduce por caminos conocidos a una excelcitud inconcebible; a otras almas, esposas suyas, las dota con sólo una parte, aunque ciertamente la mejor (5) de los tesoros celestes, y las lleva y las trae por sendas inusitadas y misteriosas. Tal aconteció con vuestra herma-

(1) El texto *muchos son los llamados y pocos los escogidos* tiene, como otros numerosos de la Escritura, varios sentidos, que no se oponen entre sí. Sobre el que le doy arriba, consúltese a Lacordaire (Conferencia sobre los resultados del gobierno divino, 1851) y a Faber (*El Criador y la criatura*, lib. 3, cap. 2).

(2) Matt. XIX, 17, 21.

(3) Matth. X.

(4) Joan. XX.

(5) Luc. X, 42.

na Margarita María, una de las mayores contemplativas que se registran en los fastos de la Iglesia.

Como la tenía destinada a una misión sublime, el Espíritu Santo la previno desde el bautismo con bendiciones de dulzura (1) y dispuso que amaneciera en ella primero la santidad que la razón. Los mundanos, casi siempre errados al hablar de las obras divinas, muestran menos estimación por los santos que lo fueron desde la cuna que por los convertidos más tarde de la tibieza y el pecado. Preciso es recordar que la gracia requiere en todo tiempo la libre correspondencia de la voluntad humana y el vencimiento de las inclinaciones torcidas, triste herencia de nuestros primeros padres. ¿Habrà dicha comparable, oh Jesús mío! a la de consagrarte la vida entera, a Ti, que nos dedicaste íntegra la tuya, desde la encarnación hasta el último lamento del Calvario?

El fundamento de la perfección sobrenatural es el aborrecer el pecado, no sólo el que da muerte al alma, sino también aquellos que la empañan y enflaquecen. En alma maligna, dice la Escritura, no entrará la sabiduría (2); y bienaventurados los limpios de corazón, enseña Jesucristo, porque ellos verán a Dios (3). Vuestra Margarita María cuenta que a los tres años de edad, le bastaba para prescindir de los antojos infantiles que sus padres le insinuasen ser aquello ofensa de Nuestro Señor; y sábase por autorizados testigos que nunca perdió la gracia bautismal.

Harto más difícil que poner los cimientos de la vida espiritual es construir el arranque de los muros, que consiste en la renuncia de todo lo terreno, y más

(1) Ps. XX, 4.

(2) Sap. I, 4.

(3) Matt. V, 8.

aún: en la abnegación de nosotros mismos. Ambas condiciones se las exigió Cristo a los apóstoles, antes de constituirlos piedras angulares de la Iglesia (1). Margarita, desde la primera infancia, a pesar de su índole viva e inquieta, busca los sitios más recatados y, sobre todo, el pie de los altares, para dedicarse a la oración. «Entonces me sentía obligada, refiere nuestra santa, a decir estas palabras: Dios mío, os hago voto de castidad perpetua.» Y añade con hechicero candor: «Yo no comprendía lo que significaba la palabra *voto* ni tampoco lo que era *castidad*.» Qué importa que ella no lo comprendiera, si lo entendía el Señor, que ponía anticipadamente en labios de su sierva la promesa solemne que ella pronunciaría más tarde, en la plenitud de la inteligencia, delante de Dios y de los hombres!

Vendrán luego el abandono voluntario de la herencia paterna, la negativa a ventajosos enlaces y los adioses eternos a seres queridos, después de un combate de varios meses entre el amor divino y el cariño a los padres y hermanos, lucha que sostuvisteis también muchas de vosotras entre vuestro corazón y el Sagrado Corazón de Jesucristo, de quien fue la victoria y que os hizo prisioneras, cautivándoos con las cadenas de su amor.

El Divino Maestro, después de exhortar a sus discípulos a la negación de sí mismos, les añade que tome cada uno su cruz y, con ella a cuestas, suba a la cima del Calvario (2) *O crux, ave, spes unica!* (3). Margarita María experimentó el dolor de una huérfana bajo la tutela de personas duras e injustas, y veía, sin poderlas enjugar, las amargas lágrimas de su madre.

(1) Luc. XIV, 16.

(2) Matt. XVI, 24.

(3) *Himno de la Pasión.*

Desde entonces supo de las penitencias corporales más duras que se practican en los claustros; y como al entrar a la juventud, tuviese frecuentes aunque breves desfallecimientos en la piedad y condescendencias con los pasatiempos mundanos, escuchaba las quejas del Salvador, que se le aparecía en el misterio de la flagelación y la reprendía por aquellas imperfecciones que a El no lo hubieran ofendido en una de sus siervas, pero le eran intolerables en la prometida de su corazón.

Por aquel entonces, aún no alcanzaba la oración de la Santa a lo que sería más tarde. En ocasiones necesitaba todavía, para que le llegasen los raudales de la gracia, de muchos arcaduces y artificio, según concepto de las *Moradas* teresianas; aunque ya Jesús la solía tratar con tanta intimidad como la que gastan entre sí dos amigos. Todo lo dicho era efecto y al propio tiempo causa del amor a Dios. La caridad había convertido el alma de Margarita María en un bracero encendido, que no necesitaba para reventar en incendio sino ponerse en contacto con el aire puro del claustro.

II

Inmune de toda culpa grave, desasida de lo temporal, muerta al mundo y a sí misma, familiarizada con la cruz, amante apasionada de María Santísima, inflamada en caridad, sabia en oración, Margarita María Alacoque estaba madura para la vida religiosa. ¿Por qué entre muchos monasterios como existían cerca a la aldea natal, prefirió Margarita uno de la Visitación? Ella tuvo sus razones, pero Dios, que la llevó a Paray-le-Monial, tenía las suyas. De niña había estado la Santa como educanda en un convento de clarisas, pero no lo hallaba tan recogido y silencioso como lo había menester; las ursulinas la invitaban con ins-

tancia, mas había entre ellas una excelente religiosa que le tenía cariño, y Margarita le escribía: «Si yo fuera a vuestra casa, iría por amor vuestro; quiero ir a una casa donde no tenga parientes ni conocidos, a fin de ser religiosa sin otro motivo que el amor de Dios.»

Las razones de Nuestro Señor, hasta donde puede medio adivinarlas el flaco entendimiento humano, eran otras. La orden de la Visitación fue fundada con el fin principal de fomentar y propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Así lo declararon por escrito y en repetidas ocasiones San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal, en los términos más claros y precisos. El Corazón de Jesús coronado de espinas que tenéis, hermanas, como armas y blasón de vuestro instituto, os fue dado por vuestro excelso Fundador medio siglo antes de las revelaciones a Santa Margarita. Sólo que aconteció con aquellos consejos y preceptos lo que suele con las profecías: que no se entienden sino después de cumplidas (1). En todo caso, el ambiente de la Visitación era el más propicio al sublime encargo de nuestra Santa, y ella era el complemento indispensable de la Orden, la regia cúpula del imponente edificio.

Vedla en el claustro después de la profesión solemne. Qué transformación tan completa! Ya no aborrece al mundo y sus falsos bienes, porque los ha olvidado; en vez de negarse se detesta, con aquel *odium animae suae* (2) que recomienda el Evangelio; el amor a Dios y a la cruz se han convertido en la locura encomiada por San Pablo (3); la oración en un éxtasis incesante.

(1) Joan. XII, 16.

(2) Joan. XII, 45.

(3) I. Cor. I.

Obtenía a menudo permiso de pasar la noche entera en la capilla. Entraba al coro a puestas del sol, se arrodillaba en el suelo sin apoyo alguno, juntaba las manos, bajaba los ojos o los clavaba en el sagrario, y así, fija, inmóvil, se estaba hasta el siguiente día. Cuando las Hermanas iban a salir por la mañana, la llamaban, la tocaban en el hombro, pero tan inútilmente como si fuese una estatua de mármol; alguna pronunciaba la palabra *obediencia* y la santa se levantaba con la mayor naturalidad, hacía la genuflexión ante el altar y salía a ponerse a órdenes de las superiores. Si hubo en nuestra Santa, de la caridad abajo, alguna perfección que sobresaliese de las demás, fue la virtud de la obediencia.

Aquella oración no era, para continuar con los símiles de la mística doctora castellana, como el viajero que se inclina sobre el arroyo para mitigar la sed, sino como un hombre que, sin moverse, recibe sobre sí copiosa lluvia de lo alto, la cual empapa toda el alma y se infiltra hasta las potencias más recónditas. Vuestra hermana, a diferencia de otros grandes santos, no pasó por tentaciones y arideces en la oración, y, sin embargo, aquel ejercicio, que era la vida de su vida, llegó a ser para ella un continuado tormento ¿Seré osado a preguntaros por qué, oh amada santa mía? Por el torrente de dulzuras y consolaciones que me inunda; porque yo vine al monasterio en busca de la cruz y me hallo en un lecho de rosas; porque mi esposo en castigo de mis culpas, rehusa hacerme partícipe de su pasión. No le bastaba la promesa que le había hecho Nuestro Señor de enviarle algún día dolores capaces de aniquilarla sin la omnipotencia de la gracia divina. Parecíale imposible esperar tanto. Decía como el Redentor: «Con bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado; oh! y cómo traigo en prensa el co-

razón mientras que no lo veo cumplido!» (1). Clamaba con Santa Teresa: O padecer o morir, sufro porque no padezco, muero porque no muero!

Aquella contemplación que se había apoderado de Margarita la dominaba, no sólo en la iglesia y la celda, sino en medio de las ocupaciones ordinarias, y le hacía soltar de las manos los objetos que llevaba en ellas; quedarse parada al ir de un lugar a otro, ausente de sí, hasta que la obediencia venía a despertarla; padecer desmayos parecidos a los precursores de la muerte. Semejantes cosas, inauditas en la Visitación, cuya regla es la sencillez, cuyo espíritu llega a la renuncia de muchas prácticas devotas en aras de la mortificación, traían azoradas a las monjas, que se comunicaban sus temores, recelaban del trato de la Santa y evitaban su compañía; en tanto que las superiores, para probarla, la ensayaban en el crisól hirviendo de la obediencia, la humillación y el sacrificio. Todo esto y crueles y casi incesantes dolencias, y las penitencias corporales espantables que la Santa se imponía, y actos de vencimiento al cuidar las enfermas, de aquellos que no pueden referirse ante un auditorio de seglares, eran algún consuelo para Margarita María, eran un sorbo del cáliz de Getsemaní; pero insuficiente a la sed que la consumía. »

Preparada así la Santa se verificó para ella la primera revelación del Sagrado Corazón de Jesús.

Estadme atentos, hermanos míos, porque lo que sigue no es sólo para las religiosas, para las almas místicas y escogidas, sino para todos, para mí y para vosotros, para los que andamos cargados con el peso de nuestras miserias, para los tibios y los pecadores. Aquí siento más vivamente que al principio la insufi-

(1) Luc. XII, 50.

ciencia de mi entender, de mi corazón, de mi lenguaje; y cedo la palabra a Santa Margarita María, para que nos refiera el esfuerzo máximo del amor, obligada por la obediencia, con el candor de una niña, el recato de una virgen, la humildad de una santa.

«Un día, dice, hallándome delante del Santísimo Sacramento un poco más tranquila, me sentí rodeada de la divina presencia, con tal fuerza, que me olvidé de mí y del lugar en que estaba y me abandoné al Espíritu divino, entregando mi corazón a la fuerza de su amor. Por largo tiempo me hizo reposar en su divino pecho y allí me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Sagrado Corazón, que hasta entonces me había tenido ocultos.... Fue un día de San Juan Evangelista cuando el Salvador me otorgó una gracia semejante a la que obtuvo, en la noche de la cena, el Discípulo amado.... Vi el Corazón de mi Redentor radioso, más brillante que el sol, diáfano como un cristal. Tenía visible la llaga del costado; lo ceñía una corona de espinas; sobre él se ostentaba la cruz... Nuestro Señor me dijo: Tan apasionado de amor por los hombres está mi corazón, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad, quiere difundirlas para enriquecerlos a todos con tesoros de gracias que los libren de perdición eterna.... Te he escogido a ti, abismo de indignidad e ignorancia, a fin de que todo sea hecho por mí.»

Oíd el fin de la mística entrevista: «Me pidió Nuestro Señor mi corazón; yo le supliqué que lo tomase, y El lo hizo así, poniéndolo en el suyo adorable y haciéndomelo ver como átomo pequeñísimo que se consumía en aquella ardiente hoguera. Después retirándolo de allí como una llama, me lo volvió a colocar en su sitio diciéndome: Hé aquí, amada mía, una prueba preciosa de mi amor: deposito en tu pecho una

chispa del incendio de mi caridad, para que te sirva de corazón y te consuma hasta el último instante.»

Hé aquí, hermanos míos, conforme a la doctrina de Santa Teresa, el máximo grado de oración; el vínculo más estrecho que cabe, exceptuada la encarnación del Verbo, entre el Creador y la criatura, aca en la tierra; las bodas del alma con el que es amor por esencia; unión comparada por la seráfica doctora al modo como se pierde la lluvia al caer en la límpida superficie de un lago, como mezclan los ríos sus linfas con las ondas del océano cuando en él desembocan, como se funden a medio día en un aposento las luces de contrapuestas ventanas.

Oh! cuánto desearía que la brevedad del tiempo me permitiese narraros las otras dos revelaciones, no menos íntimas que la primera y aún más fecundas en provechosas enseñanzas! Porque en ellas el Sagrado Corazón nos impuso que los homenajes que le rindiéramos fueran desagravio a la Majestad divina por los pecados de los hombres, y dictó a la Iglesia el culto que debía tributarle hasta la consumación de los siglos.

Indescriptible es el estado de Santa Margarita María después de aquellas celestes conversaciones. La invisible llaga del costado causábale tan acerbos dolores, que las monjas la creían a cada instante en trance de muerte; la sed le abrasaba las fauces; sentía la cabeza ceñida de una corona de ardientes y punzadoras espinas; y el hombro tan delicado como si estuviera en carne viva, con todo el peso de la cruz. Y sin tener un alma con quien comunicar su pobre alma! Y con un encargo de Dios para la Iglesia universal sin medio alguno de cumplirlo! Eran los dolores del Calvario combinados con la agonía del Huerto. El Eterno Padre, a semejanza de lo que hizo con Jesucristo su Hijo (1), le envió

(1) Luc. XX, 43.

a su esposa, por breve espacio, y para que la confortara, no un angel, sino un joven y santo, jesuíta, sabio y elocuente, marcado con los estigmas del martirio, manso y bondadoso como el Divino Maestro. Desde entonces la gloriosa Sociedad de San Ignacio quedó asociada a la de San Francisco de Sales en el apostolado del Divino Corazón.

Nuestra dulce y querida santa tuvo el consuelo de ver la semilla que el celestial Sembrador la había confiado germinar en el fecundo y cerrado huerto de su amada Visitación, y aun producir los primeros tallos en el abierto campo del mundo. Pero Jesús había dicho: «Si el grano de trigo no cae en tierra y perece, no da fruto; mas si muere, lo rēndirá multiplicado» (1). Preciso era que la humilde Margarita dejase este valle de dolores, y fuese transfigurada y triunfadora, a ponerse como un sello sobre el costado abierto del Rey de la gloria, para que la devoción por ella predicada se difundiese en Francia, y de allí, merced al influjo del noble Reino Cristianísimo, se extendiese por todo el orbe; para que mereciera la infalible sanción del sucesor de Pedro.

Suavísimo Corazón de mi Maestro, amor del Amor infinito, sálva la Iglesia, bendice al pueblo que se agolpa al pie de los altares, cúbre con la sombra de tus alas este monasterio y la orden de la Visitación, y apiádate de mí, que aunque pecador, soy tuyo; aunque no dejo de ofenderte, te amo tánto!

(1) Joan. XII, 24.

